



Enrique Amorim, intelectual y escritor uruguayo, con Federico García Lorca en 1930. Sobre su relación construye Santiago Roncagliolo su nueva novela: «El amante uruguayo».

LORCA, BENAVENTE Y AMORIM EL TRIÁNGULO AMOROSO

Las cartas de amor entre el Nobel Benavente y el amante uruguayo de Federico. Adelanto del libro donde se especula con que Lorca podría estar enterrado en Argentina

DESDE PEQUEÑO, Enrique Amorim sentía un amor genuino por los artistas y pensadores. Quería conocerlos a todos. Disfrutaba con su compañía y su conversación. Deseaba compenetrarse al máximo con ellos, compartir su sabiduría, fundirse con su talento. Hacerse uno con ellos. Y eso, en el sentido más pleno, es lo que hizo con Jacinto Benavente, tiempo antes de convertirse en el amante uruguayo de García Lorca.

Corría 1922. Benavente, nada más ganar el Nobel de Literatura, comenzó una gira por América. A su paso por Uruguay, el Ateneo Universitario le pidió una conferencia al maestro. Como de costumbre ante los visitantes ilustres, el líder de la delegación de estudiantes fue Amorim. Don Jacinto los recibió en su hotel calurosamente. Sin un ápice de inocencia, Amorim recordaba lo cariñoso que se mostró con ellos: —Benavente nos lleva a su pieza... Amable, amabilísimo. No estaba su secretario, o no tiene secretario para los hombres jóvenes.

La conversación continuó, salpicada por «un poquito de sabrosa ironía», y algunas indirectas. «Nos habla de Buenos Aires, de su clima, tanto húmedo, que le produce la salud y le da sueño. Para escribir —dice— necesito estar excitado...

Días después, ante un auditorio rebotante de estudiantes, el núcleo del discurso del Nobel fue un ata-

que contra la moral católica. Se preguntó si es Dios quien ha creado a los hombres o los hombres quienes lo han creado a él. Defendió fervientemente el amor como forma de conocimiento. Y ante tanto joven, resumió su máxima felicidad así: «Lo he conocido todo, comprendido todo. Y lo sé, más que por los que me amaron, por lo que amé».

El público, según Amorim «lo oyó con devoción... Le ovacionan hasta el automóvil...», le nombran con labios trémulos... Al despedirse de sus anfitriones, don Jacinto les prometió una visita. Quería, explicó, pasar un rato entre estudiantes.

Benavente era un homosexual discreto pero sospechosamente soltero a sus 56 años, que llegó al Río de la Plata en la cúspide de su fama, y muy dispuesto a pasárselo en grande. Una foto que le dedicó y firmó a Amorim lo muestra, en efecto, rodeado de jovencitos. Pero no cabe duda de quien era su preferido.

La magnitud de los apetitos de Benavente por Enrique queda registrada con sonrojante claridad en sus cartas. La primera lleva el membrete del Grand Hotel Lanata de Montevideo, y Benavente: «Queridísimo amigo: mucho siento no verle antes de marchar. ¿No vendrá usted por aquí? ¡Cuánto me alegraría! Ud. no sabe el cariño, la simpatía que, sentida desde el primer momento, ha ido aumentando hasta...».

Tras los puntos suspensivos, pasa a describir con apasionada nos-

galgia un encuentro íntimo con Amorim: «Por toda mi vida será un recuerdo imborrable, algo de lo que se duda si ocurrió o si se soñó, nuestro crepúsculo de dicha, nuestras confidencias, y sobre todo, algo espiritual que yo sentía alrededor nuestro. No lo olvidaré nunca. Hoy llena mi corazón por entero el recuerdo y la escena se prolonga en mi imaginación, y aún le digo a usted muchas cosas, cosas que de seguro en presencia ni sabría decirle, sin cosas sin palabras, eso, cosas...». El subrayado del crepúsculo y los puntos suspensivos son de Benavente, que más adelante añade: «No me cambiaría por nadie sólo por haber vivido esa tarde».

Siguió su viaje por Chile, Perú y Panamá. Amorim le escribió. La respuesta lleva el membrete del hotel Gran París de Matanzas, Cuba. Don Jacinto lamenta no haber llevado consigo a su joven amigo uruguayo por temer demasiado al qué dirán: «¡Qué bien lo habría usted pasado! ¿Por qué seremos tan cobardes? Es tan hermoso lanzarse a la ventura sin pensar en mañana».

Sin embargo, Benavente no se ha

aburrido en su gira: «De ambiente intelectual todo esto anda mediano. ¡Pero qué falta hace! Hay unos ojos color de acero y unas bocas... ¡Y cómo saben besar por estas tierras!».

De todos modos, añora aquella tarde con Amorim: «Yo le recuerdo siempre. Un recuerdo lleno de poesía y... de crepúsculo. Le veo subir a aquella luz, a aquella altura... Estaba más cerca del cielo que de la tierra y aquel beso, el único que dejé en su frente y...». Esta última frase sugiere que el crepúsculo tuvo más de romanticismo que de abiertura carnal. Pero no deja lugar a dudas sobre los deseos del Nobel.

DESEOS CON ALAS

Amorim dio alas a esos deseos y aprovechó el contacto para hacerle llegar una copia de su siguiente libro. La carta que Benavente le devolvió, desde España, empieza así: «Mi querido amigo: gran alegría tuve al recibir su libro. Mucha por el libro, que me deleitó como todo lo suyo, tan sugestivo. Mayor aún por ver que no se ha olvidado de quien le recuerda siempre con mucho, mucho cariño».

«DON JACINTO ME LLEVA A SU PIEZA...

NO ESTABA SU SECRETARIO, O NO TIENE

SECRETARIO PARA LOS HOMBRES JÓVENES»

BENAVENTE, A ENRIQUE AMORIM SOBRE SU

ENCUENTRO: «NO ME CAMBIARÍA POR

NADIE SÓLO POR HABER VIVIDO ESA TARDE»

Y sin embargo, una vez logrado su propósito, Amorim perdió interés. La última carta de Benavente, sin fechar, lamenta que no hayan podido verse durante un viaje del joven a España: «Tengo desgracia con Ud. Tantas veces cerca y sin vernos. ¿Qué se propone el destino? ¿Teme quizás que nos veamos?». Más adelante, le reprocha que lo haya evitado en una ocasión social, y afirma que estuvo a punto de ir a buscarlo a su hotel. Pero pronto regresa a un tono más persuasivo. Le recuerda su «mucho, mucho cariño». Le propone encontrarse en España o incluso en Francia. Y se despide con un clamor desesperado:

—Si supiese que hasta versos le tengo dedicados que Ud. no leerá... ¡Que nadie lea nunca!

Así terminó el crepúsculo de dicha, y cayó la noche sobre la pasión de Benavente por Enrique Amorim.

Es posible que fuera Benavente, 11 años después de su viaje, el primero en hablar a Lorca sobre el uruguayo. En principio, uno no esperaría que hubiesen tenido una buena relación. En los 30, Federico representaba la revolución contra los dramas rurales de Benavente. De hecho, algunos iconoclastas colegas del granadino podían ponerse bastante desagradables con don Jacinto. En el estreno de una obra de Alberti, Benavente tuvo que abandonar el teatro entre rechiflas y gritos de «¡Muera la podredumbre de la actual escena española!».

El propio Lorca disparaba veneno contra los escritores que le disgustaban. Y sin embargo, en la exhaustiva biografía de Ian Gibson no consta agresión alguna de su parte contra Benavente. Por el contrario, su relación parece bastante buena. Benavente apoyó a Lorca asistiendo al estreno madrileño de *Bodas de Sangre*, y dos años después, al de *Yerma*. Quizá esa inesperada simpatía se debiese a la opción sexual que compartían... Las diferencias estéticas quedaban en un segundo plano ante la necesidad de sobrevivir en el medio hostil de una sociedad católica. Si así fue, Benavente podría haberle sugerido a Federico algunas amistades con las que sentirse cómodo en su periplo sudamericano de 1933. Lo que si es seguro es que Lorca y Amorim tuvieron también un crepúsculo. O al menos, que Amorim creyó tenerlo.



¿ROBÓ EL AMANTE URUGUAYO EL CADÁVER DE LORCA?

A finales de 1953, una extraña ceremonia se realizó en la ciudad de Salto, a orillas del río que separa Uruguay de Argentina. En apariencia, se trataba de un homenaje al poeta Federico García Lorca, asesinado 17 años antes, en los primeros días de la Guerra Civil española. Pero no era un homenaje cualquiera.

Cientos de personas habían sido llevadas en autobuses, y decenas de efectivos armados custodiaban el lugar. Además de controlar a la multitud, su función era rendir honores militares al homenajeado, como si se tratase de un funeral de Estado. El insistente tono fúnebre fue subrayado por una representación de los fragmentos más oscuros de la obra teatral *Bodas de Sangre*, a cargo de la actriz Margarita Xirgú, y resultó tan convincente que incluso los pescadores de la zona, atraídos por la curiosidad, se acercaron a darle el pésame a la actriz.

Presidía el acto una especie de lápida de 3 x 2 m. con un poema inscrito en bronce pidiendo una tumba para García Lorca: *Labrad amigos / de piedra y sombra en el Alhambra / un túmulo al poeta / sobre una fuente donde llora el agua / y eternamente diga: / el crimen fue en Granada / en su Granada.*

Bajo la lápida, siguiendo las instrucciones del poema para la construcción de una tumba, corría el agua de una fuente.

El anfitrión de todo ese despliegue era el escritor uruguayo Enrique Amorim. Durante su discurso, anunció que su homenaje aún no estaba completo. Que sólo el tiempo se ocuparía de darle el toque final:

—El tiempo —dijo el hombre— será el auténtico escultor, el tiempo que nos dará la razón será el último y definitivo autor del homenaje, cuando nuestros nombres se borren como escritos en la arena y el musgo acompañe con el verdor de la esperanza, los versos del gran poeta y el nombre siempre tembloroso de Federico García Lorca.

Aunque Lorca era ya una leyenda, no tenía un memorial, ni siquiera un sepulcro. Su cadáver nunca se

había encontrado. De hecho, su paradero sigue siendo hoy uno de los grandes misterios de la Guerra Civil. El monumento de Salto, primero que se erigió en honor del poeta, debía suplir esa carencia. Para ello, contó con el apoyo financiero de numerosos habitantes de la ciudad. En su agradecimiento a esas personas, el hombre demacrado pronunció unas enigmáticas palabras:

—Pueblo salteño que hiciste posible sin una sola voz adversa este silencioso y sencillo acto justiciero, gracias. Gracias por lo que intuyes, por lo que adivinas y por lo que sostienes en el ámbito de mi patria...

A continuación, los albañiles abrieron una fosa detrás de la lápida y enterraron una caja blanca, de las proporciones de un osario: 40x50x60, sobre la cual, el hombre declaró: «Aquí, en un modesto pliegue del suelo que me tendrá preso para siempre, está Federico...».

A pesar de toda la pompa del evento, ningún periódico dio noticia de él. Algunos de los intelectuales, políticos y artistas más importantes del momento estaban invitados, pero no asistieron. Ninguno se dignó a enviar siquiera unas palabras para excusarse. No le concedieron la menor importancia. Hasta hoy, ni siquiera sabemos la fecha exacta de ese entierro. Sólo podemos deducir que ocurrió en diciembre de 1953.

Durante las siguientes décadas, un reducido grupo de personas —ya todas muertas— llevó flores a ese lugar, pero ninguna de ellas divulgó jamás qué había en la caja. Se llevaron el secreto a sus propias tumbas. Y así, 48 años después, el monumento y su misterioso contenido siguen ahí. Intactos.

La naturaleza de dicho monumento constituye una de las aventuras más misteriosas de Amorim. A lo largo de su vida, dejó multitud de pistas engañosas y mensajes confusos. En lo relativo a este episodio, él trató de que creyésemos —y quizá creyó él mismo, o quizá tuvo razones para creer— que lo que estaba haciendo no era un monumento, sino un sepulcro: la última morada de los huesos del poeta.

La historia comienza dos años antes: en abril de 1952, Enrique Amorim desapareció. Sin dar explicaciones. Sin dejar rastro. Ese mes presentaba algunas de sus traducciones en Europa del Este. Por lo demás, sus actividades principales eran las habituales: pasear por varios países y visitar artistas. Tenía previsto ir a Italia y volver desde ahí a Uruguay con un grupo de escritores, entre ellos, Pablo Neruda.

Y de repente, ya no estaba. A mediados de abril, el brasileño Jorge Amado le escribió a Amorim a su residencia de París, el Hotel Quai Voltaire, para que viajase a Italia con Nicolás Guillén y cruzasen el océano todos juntos de regreso. Amorim había dejado de responder las cartas. Nadie tenía noticias de él. Ante su extraño silencio, Amado le pedía que confirmase si iría con ellos: «Pienso salir de Génova en el Julius Cesar el 30 de abril... Respóndeme urgentemente si vas o no en el mismo barco como nosotros».

Poco después, Nicolás Guillén, Pablo Neruda y Manuel Ángeles Ortiz le enviaron una carta desesperada y furiosa: le dijeron que llevaban seis semanas esperándolo para ir a Italia «de acuerdo con su carta en que nos pedía demorarnos hasta

que usted llegara icono».

Es imposible saber dónde estuvo Amorim durante esos oscuros días de abril. Después de su muerte, su hija Lilita quemó su pasaporte sin explicar por qué.

SILENCIO ESPISTOLAR

Sabemos, eso sí, que Amorim volvió a su país, y que no se detuvo en Montevideo. Siguió de largo hasta Salto, donde mantuvo su obstinado silencio epistolar varios meses más. Las explicaciones de su desaparición fueron muy confusas. Vagas referencias a una enfermedad se acumulan en la correspondencia de esos meses. Sin embargo, el Amorim que regresó a Salto se mostraba robusto y enérgico. Nada más llegar, convocó al periódico *Salto Actualidad* para contar sus impresiones de su viaje por Francia e Italia. Y al final de la entrevista, hizo una inesperada convocatoria, un aviso de servicio público para los habitantes de la localidad:

—Hagan todo lo posible para que el primer monumento a Lorca se levante en Salto... Actualmente, uno de los grandes éxitos de París es *Bodas de sangre*. Que seamos los

salteños capaces de levantar el primer monumento a Federico.

En agosto de ese mismo año, Amorim encargó a una marmolería local que levantase el monumento.

¿Por qué desapareció Amorim de repente? ¿Qué hizo durante su ausencia? ¿Por qué borró su hija las huellas de sus traslados? Y sobre todo: ¿por qué al regresar tenía tanta prisa en construir el monumento? A juzgar por los acontecimientos posteriores, podemos atisbar retazos del plan que tenía en marcha. Básicamente, pensaba honrar la memoria de Federico, de un modo que no se le había ocurrido a ningún comunista hasta entonces.

En su reseña sobre Lorca, el único documento íntimo que dejó escrito sobre él, Amorim da a entender que hay cosas de las que no puede hablar. Su obsesión es que alguien descubra esa historia en el futuro. Quizá el monumento era simplemente un monumento, y Amorim esperaba que le recordase al mundo su relación con el mejor poeta español del siglo XX, y que condujese la mano de los historiadores hacia sus fotos, su película, su reseña. O quizá al revés: pensaba que esos docu-

mentos dirigirían la atención de las generaciones futuras hacia lo que está enterrado detrás del muro, en el túmulo del poeta, aquella caja del tamaño de un depósito de huesos. En todo caso, Amorim pasó sus últimos años cerca de esa caja, sabiendo que, de un modo u otro, Federico y él estarían en la muerte tan juntos como no habían estado en vida. Y se empeñó en informar sobre el monumento a las grandes mentes de mediados de siglo.

El problema era que ya nadie le escuchaba. Picasso había dejado de responder a sus cartas. Amorim buscó la mediación de su galerista, Jaime Sabartés, pero sólo consiguió una carta de rechazo, una misiva amable pero definitiva. También intentó ponerse en contacto con el fotógrafo Henri Cartier-Bresson, al que envió una fotografía de su propia cosecha. No recibió respuesta. En su correspondencia abundan cartas de amigos que se muestran sorprendidos por «haber comprendido» lo que lleva el monumento. Otro le jura que guardará el secreto del monumento. Pero ninguno de ellos es una figura de las letras.

Tras la muerte de Amorim, su esposa continuó intentando dar publicidad al monumento, y sobre todo, llevándole flores cada vez que pasaba por Salto. En una de esas visitas, su asistente le preguntó:

—Señora, ¿qué hay en esa caja que tienen enterrada en el monumento?

La respuesta fue:
—Mucho pregunta usted, mi hija.

«El amante uruguayo» (Alcalá Grupo Editorial), del escritor peruano Santiago Roncagliolo, a la venta el martes

TRAS UN VIAJE POR EUROPA, AMORIM REGRESÓ CON UN OSARIO BLANCO QUE ENTERRÓ EN UN MONUMENTO A LORCA MARGARITA XIRGÚ RECITÓ «BODAS DE SANGRE» EN LA CEREMONIA. PESCADORES DEL LUGAR, AL OÍRLA, LE DIERON EL PÉSAME



Jacinto Benavente conoció a Enrique Amorim en 1922, en un viaje por América tras ganar el Premio Nobel.